

El historiador y los usos literarios

Natalie Zemon Davis

Traductor: María José Correa Gómez y Aude Argouse



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/rhj/6452>

DOI: 10.4000/rhj.6452

ISSN: 0719-4153

Editor

ACTO Editores Ltda

Referencia electrónica

Natalie Zemon Davis, « El historiador y los usos literarios », *Revista Historia y Justicia* [En línea], 1 | 2013, Publicado el 30 octubre 2013, consultado el 01 diciembre 2020. URL : <http://journals.openedition.org/rhj/6452> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/rhj.6452>

Revista Historia y Justicia

EL HISTORIADOR Y LOS USOS LITERARIOS¹

Natalie Zemon DAVIS²

“¿Cuál ha sido su compromiso con la literatura?” Me preguntó Stephen Greenblatt. “¿Por qué continúa regresando una y otra vez hacia Rabelais?” Reflexionando, me di cuenta que la respuesta no era simple. Siempre había pensado que leer a Rabelais era un placer y me maravillaba con las sorpresas ofrecidas en cada lectura. Pero con el paso de los años, cambió mi relación con dichas sorpresas y con el uso que les daba en mi trabajo. Así, mi respuesta es una historia, una historia personal, pero una, creo, común a la experiencia de otros historiadores sociales de mi generación o más jóvenes que comenzaron a vincularse de una nueva manera con la literatura.

Como estudiante de postgrado y durante mi primera década como historiadora social, recurrí a todo tipo de textos para acercarme a la historia de la Reforma en Lyon. Deseaba descubrir por qué los trabajadores de las imprentas, otros artesanos y las mujeres se unieron al movimiento protestante; si Karl Marx o Max Weber estaban en lo correcto; si la religión había tenido el rol propuesto por R. H. Tawney en la reforma de las instituciones de caridad. Para alcanzar estos fines recurrí a archivos, a registros de impuestos, a listas de milicias, a registros de pobreza y varios otros. En las bibliotecas examiné panfletos y sermones, canciones satíricas, obras populares y poemas, libros aritméticos y médicos, todo aquello que resultara relevante en el torrente de libros vernaculares provenientes de las imprentas del Lyon del siglo XVI y de otros lugares. También, junto a ellos, estaban los llamados textos que hubieran podido llamarse literarios, escritos ficticios o no, creados por personas educadas, con herramientas y movidas por diversos objetivos: los cinco libros de Francois Rabelais, las historias de Marguerite de Navarre, los ensayos de Michel de Montaigne.

¹ El artículo “The Historian and Literary Uses” fue publicado en inglés por la revista *Profession* en Nueva York en el año 2003. La Revista Historia y Justicia agradece a Natalie Zemon Davis su generosidad al haber autorizado, apoyado y acompañado personalmente la traducción de su estudio, que ofrecemos en el primer número de la publicación (MJCG y AA).

² Doctora en Historia (Universidad de Michigan). Profesora de Historia emérita, Universidad de Princeton, Estados Unidos. Profesora adjunta, Universidad de Toronto, Canadá.

En ninguno de estos textos exploré en profundidad la materialidad, el género o las formas literarias. En los textos de archivo realicé las clásicas preguntas de los historiadores: ¿Es un texto olvidado? ¿Qué tipo de documento es? ¿Qué ha sido omitido? En todos los textos, realicé las preguntas usuales de los historiadores: ¿Desde qué punto de vista fueron escritos? ¿Corresponde al trabajo de un protestante, de un católico o de alguien situado en un punto intermedio? ¿Fueron realizados por un hombre o por una mujer? ¿Por un rico médico, un sacerdote humanista o un orgulloso impresor?

Éstas, pensaba, eran las preguntas que debía realizar si quería usar estos textos como fuentes para conocer lo que estaba sucediendo en Lyon y de modo más general en la Francia del siglo XVI, también para acceder a las actitudes de la gente hacia la vida, la religión y la sociedad. Consideré actores literarios que fuesen observadores especialmente conocedores y sensibles de su tiempo, también piadosos y penetrantes en su expresión de opinión. Así, cuando el doctor Rondibilis afirmaba, bajo la pluma de Rabelais, que los hombres disponían de varios elementos para controlar “los dardos embriagadores de la sensualidad”, pero que las mujeres, con su animalidad histórica, raramente podían cesar de transformar a sus maridos en cornudos, (373; qtd. en Davis, *Society* 88-89), lo consideré como una potente idea de una visión médica de larga duración. Cuando Erasmo preguntó, “¿Qué más es una ciudad, aparte de un gran monasterio?” (*Enchiridion*, vol. 3, column 346; qtd. en Davis 62), lo consideré como una poderosa visión de la vida urbana bajo el nuevo pensamiento humanista que ponía al hombre en el centro de todo. Cuando la poeta lionesa Louise Labé invitó a las mujeres en 1555 “a levantar levemente sus mentes por sobre la rueca y el huso... para dedicarse a la ciencia y al conocimiento” (3-4; qtd. en Davis 74), la vi a ella como una importante voz en los márgenes de la reflexión femenina.

A fines de los sesenta e inicios de los setenta, me di cuenta que como historiadora debía intensificar esta búsqueda de observación de eventos y de expresión de actitudes y mirar los textos -los literarios y los otros- de un nuevo modo. Yo había estado compartiendo mi tiempo con colegas cuyos trabajos en literatura habían tenido una gran repercusión. Entre ellos estaba Barbara Lewalski de Brown, quien me llevó a pensar sobre el género³ y Rosalie Colie de Toronto, quién me mostró que formas como el absurdo podían recorrerse de muchas maneras. Le mostré un primer borrador de *Reasons of Misrule* -un estudio sobre *charivaris* y sobre las inversiones carnalescas- y me sugirió leer un ensayo recién publicado sobre Rabelais realizado por un hombre cuyo nombre era Mikhail Bakhtin. Luego, estando yo en Berkeley, Greenblatt ingresó tempranamente en su vida de enseñanza y

³ La autora se refiere al género literario y no a la perspectiva de género.

escritura, y seguí encantada la forma en que fue dibujando la red de conexiones que lo condujo hacia *Renaissance Self-Fashioning*.

Adicionalmente, los eventos y prácticas encontradas en las fuentes sugirieron nuevas preguntas. Yo estaba abordando los impresores y la historia de la imprenta y frecuentemente tenía en mis manos libros del siglo XVI. Estos objetos no podían ser analizados sólo como un repositorio de temas y comentarios; eran también una forma de comunicación, un medio para establecer vínculos entre los escritores, impresores, lectores y auditores. Estaba trabajando sobre *le menu peuple*⁴ y sobre los campesinos, y necesitaba encontrar trozos precisos de evidencia para construir su historia. La cultura oral constituía una fuente valiosa, que me permitía encontrar sus huellas en los proverbios y en la sabiduría popular. Sin embargo, quedó claro que la diferencia entre la expresión oral y los textos impresos no radicaba sólo en el punto de vista o en el contenido, sino también en cómo y cuándo se realizaban las declaraciones y el tipo de autoridad que involucraban. Percatarme de esto me afectó especialmente cuando revisaba *Montaillou* de Emmanuel Le Roy Ladurie. Por curiosidad, leí los registros inquisitoriales del temprano siglo catorce sobre los cuáles levantó su gran retrato del pueblo pirineo. Me llamaron la atención los detalles sobre eventos ocurridos tiempo atrás y las herramientas narrativas con las que los campesinos respondían directamente las preguntas del inquisidor:

Veinticinco años atrás [dijo una mujer], durante el tiempo de la cosecha, iba con mi madre a cortar los granos del campo de mi padre al otro extremo del pueblo. Dije a mi madre, “¿Dónde está mi hermano Pons?” Mi madre respondió que Ponds se había ido con su hermano... Prades más allá del Marmore para ver a la *Dame Stephanie*... Cuando mi hermano Pons apareció en el campo... Le dije a él y a mi hermano, “¿qué está haciendo el Tío Prades con Stéphanie? ¿Cómo es que, por culpa de ella, él esta arruinando su casa, el telar de sus tejedores y vendiendo sus bienes?” Respondieron que Prades y *Dame Stéphanie* querían irse juntos a Barcelona... para los *Bonhommes*. ¿Quiénes son los *Bonhommes*? pregunté, y mi madre dijo que eran hombres que algunos consideran herejes, pero que, pese a todo, eran buenos y enviaban las almas al paraíso. (Duvernoy 334-35; qtd. in Davis, “*Conteurs*” 70)

Denominé mi análisis *Les conteurs de Montaillou* y cambié mi actitud hacia el uso de ese tipo de textos del pasado.

Como la cultura oral, las formas rituales y festivas constituían otras fuentes importantes de la vida del bajo pueblo. ¿Pero, cómo darles sentido? Las posibilidades del género festivo debían ser exploradas desde diversos ángulos. Se debía investigar no sólo lo que, por ejemplo, el charivari decía y aquello que lo

⁴ Bajo pueblo.

provocaba, sino también la forma que tomaba, cuándo tenía lugar, las reglas que lo regían y sus diferencias. Finalmente, hacia 1980, tuve que enfrentar directamente la cuestión de la ficción, cuando comenzaba a organizar y ayudar en la escritura de las escenas de una película.

Algunas de mis preguntas podían clarificarse por medio de información etnográfica y aproximaciones interpretativas prestadas por la antropología. Todas ellas pueden beneficiarse de modos de pensar cercanos a una u otra rama de los estudios literarios. Como consecuencia, agregué a mi búsqueda de observaciones y expresiones de opinión otro grupo de objetivos: en adelante, me detendría en la creación y en las reglas de género de textos situados dentro y fuera de los límites de la literatura y de la ficción. Consideraría todos los textos y actos descritos en los documentos como objetos relacionales, dirigidos a otra persona, y recibidos e interpretados por diferentes públicos. (Incluso los secretos de un diario -por ejemplo, las bufonerías de un caballero rural de Normandía cifradas en griego antiguo- tenían a Dios como lector).

Luego, observaría no sólo de qué manera la información, las actitudes o los aprendizajes circulaban en la sociedad, sino también cómo los contenidos y las formas asomaban en múltiples ámbitos –aunque probablemente con diferentes énfasis, usos y recepciones. Pese a que investigaba el *charivari* principalmente en las brigadas de jóvenes pueblerinos y en los entornos urbanos de mercaderes y artesanos, podía advertir que Mère Folle de Dijon tenía seguidores entre los juristas de su Parlamento. Yo podía imaginar a Stultitia de Erasmo como Reina de la locura (*Queen of Misrule*), e incluso pensar en considerar la obra de Hamlet como “*charivari* del joven contra un grotesco e indecoroso matrimonio” (Society, 123).

Finalmente, pude concebir el desplazamiento hacia la expresión, oral y escrita, como una operación innovadora en sí misma, que requería ser analizada en conjunto con el contenido de lo dicho.

Cuando vuelvo a mis propios escritos, puedo recordar el entusiasmo que sentía al darme cuenta cómo estas aproximaciones me ayudaban a entender el pasado y hablar de él más eficazmente. Cuando escribí *El regreso de Martín Guerre*, me di cuenta de la importancia de dar forma a un evento a través de una historia; la historia contada por el juez instruido quien sentenció al impostor al fuego para que su “memoria sea borrada para siempre” (Coras 132; cit. en Davis, Retorno 89, 94, trans. de la autora) y la historia relatada en los pueblos de Martín Guerre y Arnaud du Tilh – todas ellas afectadas y transformadas por las narrativas anteriores. En *Ficción en los archivos*, mi entusiasmo provenía de la idea misma del proyecto. Hay escasez de fuentes sobre las técnicas de narración en los pueblos franceses del siglo XVI; los “recaudadores” doctos, como Charles Perrault y Mademoiselle Lhéritier aparecen a

finés del siglo XVII y a principios del XVIII. Repentinamente, noté que las cartas reales de perdón o remisión por homicidio, de las cuáles había tomado abundantes notas para examinar los patrones de violencia y costumbres populares del siglo XVI, podrían evidenciar la existencia de estilos de narración entre los campesinos, los artesanos y otros sujetos. La carta de remisión se presentaba como una construcción compuesta, con escribanos y fórmulas legales cumpliendo sus roles, sin embargo, la voz del demandante todavía podía seguirse en la medida que construía una historia creíble. De hecho, la historia tenía que ser creíble o por lo menos acreditable por los vecinos y narrable por el demandante, si no la carta no podía ser registrada.

En *Mujeres de los márgenes*, mi nueva búsqueda permitió una novedosa entrada a las mujeres del siglo XVII, abordadas con mis alumnos durante veinte años. Habíamos leído las autobiografías de Glikl bas Judah Leib (la llamada Gluckel of Hameln) y Marie Guyart de la Encarnación. También habíamos echado una mirada a los dibujos de insectos y plantas de Surinam realizados por María Sibylla Merian. Entonces, cuando me dediqué a escribir sobre esas mujeres, comprendí cuáles revelaciones descansaban en su desplazamiento hacia la expresión y cómo y dónde contaban sus historias. En el caso de Glickl, la novedad consistía en vincular la historia de su vida yiddish con los cuentos populares – “lo que me recuerda una historia”- levantando preguntas sobre el sufrimiento y permitiéndole “discutir con Dios” (53, 59-60). Si un rabí del siglo XVII podía entremezclar sus sermones con homilias y parábolas, ella podía hacer lo mismo en su libro para niños. En el caso de María de la Encarnación, el desplazamiento hacia la escritura en lengua algonquina e iroqués le permitió abordar tópicos divinos considerados inapropiados para una mujer europea.

En mi actual proyecto⁵, un estudio sobre un hombre conocido en Europa como Leo el Africano, las herramientas de los teóricos de la literatura y del folclor, aumentaron mi comprensión. Las huellas en los archivos dejadas por al-Hasan ibn Muhammad al-Wazzān existen pero son escasas; sus propios textos en italiano, latino y árabe son las mejores pistas para entender su modo de pensar, crear y argumentar. Creados para lectores italianos y europeos durante sus años como cristiano en la Italia de 1520, están llenos de secretos, omisiones y fórmulas inusuales de autorreferencia. Su relato sobre las diferentes regiones de África, sus pueblos y costumbres –revisado y publicado bajo el título *La descrizione dell’Africa*– es fascinante. Sin embargo, las elecciones realizadas en la escritura de su manuscrito en su italiano de extranjero nos acerca más a un autor viviendo entre dos mundos (véase Ramusio).

⁵ Se trata de *León el Africano. Un viajero entre dos mundos*, Valencia Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2008, 408 p. La edición original es *Tricksters travels: A Sixteenth Century Muslim Between Worlds*, Hill and Wang, New York, 2007, 448 p.

¿Cómo reaccionaron los historiadores a este tipo de aproximación literaria? Buena parte de ellos ha seguido la misma trayectoria que la mía, ha enfrentado desafíos similares en su trabajo, y ha encontrado sus propias y asombrosas soluciones literarias y etnográficas. Algunos han reaccionado con dificultad, incluso con rechazo. Lawrence Stone realmente disfrutó las historias de perdón de *Ficción en los Archivos*; un libro dedicado a él, en tanto “historiador por excelencia y también narrador”. Pero, ¿por qué tuve que contaminar el título con la palabra “ficción”? No importó cuánto intenté destacar el carácter constitutivo, estructural y modelador de la “ficción”, por sobre su connotación artificiosa o ficticia; o cuánto celebré las historias de perdón como nuevas fuentes de pruebas más que como recursos que debilitaban; a algunos historiadores aún les complican sus fluidos márgenes.

Mi mayor crítico ha sido Robert Finlay, cuando abordó *El regreso de Martín Guerre* en las páginas de la publicación *American Historical Review*. Consideró particularmente objetable el uso que le dí al término “self-fashioning”. “Ubicuo y tendencioso, el concepto se encuentra simplemente impuesto sobre el registro histórico como una aserción ingenua, una manera a la moda de ver a los campesinos del siglo XVI” (564). En mi respuesta, revisé mi amplio registro de los cambios introducidos por los campesinos en sus nombres, costumbres, idiomas y residencias. También, recordé a Finlay que “self-fashioning” no era solo un término espléndidamente desarrollado por Greenblatt: fue usado por Montaigne, a quién citaba también: “uno se forma, se modela a sí mismo... porque el disimulo es una de las calidades más notables de este siglo” (649; “*on s’y forme, on s’y façonne... car la dissimulation est des plus notables qualitez de ce siècle*” [505]; Davis, “On the Lame” 589).

De hecho, Montaigne, Rabelais, Marguerite de Navarra, y sus pares me acompañan de la misma manera que cuando yo era joven. Yo me acerco todavía a ellos como observadores y auditores del mundo que los rodeaba. En mi estudio *The Gift in the Sixteenth Century France*, los tres agregaron importantes interpretaciones a las prácticas de entrega que yo había encontrado en testamentos, donaciones entre vivos, diarios, y semejantes. Cuando creo que descubro algo nuevo sobre el siglo XVI, regreso a Rabelais: y considero que si él no encontró pistas de lo que yo encontré, debo verificar otra vez. Ahora, Rabelais esta esperando para acompañarme en el relato de al-Hasan al-Wazzān, mi astuto viajero en búsqueda de sus propios oráculos.

Obras citadas

Coras, Jean de, *Arrest memorable du parlement de Tholose. Contenant une histoire prodigieuse d’un mary, advenue de nostre temps*, Galliot du Pré, Paris, 1572.

Davis, Natalie Zemon, “Les conteurs de Montaillou”, Trans. Marie-Noëlle Bourguet, *Annales E.S.C.*, vol. 34 n°1, 1979, p. 61-73.

_____, *Fiction in the Archives: Pardon Tales and Their Tellers in Sixteenth-Century France*, Harry Camp Lectures at Stanford U. Stanford, Stanford UP, Stanford, 1987.

_____, “On the Lame”, *American Historical Review*, 93, 1988, p. 572-603.

_____, *The Return of Martin Guerre: Imposture and Identity in a Sixteenth-Century Village*, Harvard UP, Cambridge, 1983.

_____, *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford UP, Stanford, 1975.

_____, *Women on the Margins: Three Seventeenth-Century Lives*, Belknap-Harvard UP, Cambridge, 1995.

Duvernoy, Jean (ed.), *Le Registre d’Inquisition de Jacques Fournier, évêque de Pamiers (1318-1325)*, Vol. 1, Privat, Toulouse, 1965.

Finlay, Robert, “The Refashioning of Martin Guerre”, *American Historical Review*, 93, 1988, p. 553-571.

Greenblatt, Stephen, *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare*, U. of Chicago Press, Chicago, 1980.

Labé, Louise, *Oeuvres de Louise Labé*, Ed. P. Blanchemain, Librairie des Bibliophiles, Paris, 1875.

Le Roy Ladurie, Emmanuel, *Montaillou, village occitane de 1294 à 1324*, Gallimard, Paris, 1975.

Montaigne, Michel de, *Oeuvres complètes*, Ed. Albert Thibaudet y Maurice Rat, Gallimard, Paris, 1962,

The Complete Works of Montaigne, Trad. Donald Frame, Stanford UP, Stanford, 1948.

Rabelais, François, *The Histories of Gargantua and Pantagruel*, Trad. J. M. Cohen, Penguin, Harmondsworth, 1957.

Ramuzio, Giovanni Battista, *Navigazioni e viaggi*, Ed. Marica Milanese, Turin, Einaudi, 1978, p. 19-460, Vol. 1, de *Della descrizione dell’Africa per Giovan Lioni Africano*.

Stone, Lawrence, *Conversación con el autor*, 1987.

Tawney, Richard Henry, *Religion and the Rise of Capitalism*, Penguin, Harmondsworth, 1964.

Traducido por
María José CORREA GÓMEZ, Doctora en Historia (U. College London) y
Aude ARGOUSE, Doctora en Historia (EHESS de París)